

# EUROPA FRENTE A LOS ESTADOS UNIDOS

JEAN-BAPTISTE DUROSELLE,  
*de la Fundación Nacional de Ciencias  
Políticas de París*

SITUADOS FRENTE A FRENTE a ambos lados del océano Atlántico, Europa y los Estados Unidos están unidos por lazos tan profundos, tan antiguos, tan íntimos, que sus relaciones recíprocas constituyen uno de los datos más importantes de la política mundial. Si se exceptúa a algunos indios, a algunos amarillos y a quince millones de negros, la población de los Estados Unidos es literalmente el producto de Europa. Que se haya diferenciado psicológica y socialmente sobre el enorme territorio que se le ofrecía, que haya elaborado una civilización típicamente americana la cual, al disponer de inauditos recursos naturales lanzó su energía hacia el establecimiento de una prosperidad inigualada, no quita nada al hecho de que una semejanza subsiste. Semejanza y también solidaridad. Los franceses contribuyeron a la creación de unos jóvenes Estados Unidos. Estos han pagado la deuda salvando en dos ocasiones a la Democracia en Europa. Dos millones de americanos en 1918, más de cinco en 1944, vinieron para inclinar la balanza, de manera decisiva, por medio de las armas. A los lazos políticos, estratégicos y culturales, se superponen lazos económicos: los del comercio, en todas las épocas, los de la ayuda durante los diez años que siguieron a la segunda guerra mundial, los de las inversiones recíprocas en todas las fechas de la historia.

La misma amplitud de los lazos plantea problemas. Se trata de saber cuáles pueden ser las mejores soluciones para acomodar las relaciones entre los dos continentes. La ruina

de Europa, debida a sus desgarros, ha llevado a la adopción de un cierto tipo de relaciones, de esencia antiigualitaria. La resurrección de Europa, que arranca por medio de la ayuda americana, estimulada por los primeros pasos en dirección a la integración, obliga a cambiar las concepciones anteriores. Estamos en el período de transición durante el cual la prosperidad de Europa renace, más no aún su potencia. La integración, avanzada en el plano económico, inexistente en el plano político, geográficamente circunscrita a seis Estados, sigue siendo frágil y se ve amenazada. Y, sin embargo, hay en Europa un optimismo latente y una especie de confianza interna en un desarrollo que, de la prosperidad económica creciente, hará surgir una potencia acrecentada. ¿Debe apresurarse esta "emancipación"? ¿La animan los americanos o siguen éstos inclinados a mantener su "leadership"? Tal es, parece, el meollo del problema. Para percibir las soluciones, me parece necesario analizar principalmente la conducta americana. Europa frente a los Estados Unidos debe comprender ante todo lo que quiere su contrincante o lo que desea. En relación con estos datos podrá, después de muchos intentos infructuosos, fijar su actitud.

### I. *Los Estados Unidos como factor de la recuperación europea*

Que haya habido una verdadera resurrección europea después de la segunda guerra mundial es una evidencia que llama la atención de todos los observadores. El presidente Kennedy declaró en la conferencia de prensa del 14 de junio de 1962:<sup>1</sup> "Creo que la experiencia de Europa, la cual ha tenido una década de progreso inigualado, en parte porque han sabido conducir su economía con habilidad, en parte porque se hallan en un período de crecimiento diferente, en parte por el Mercado Común, el caso es que tiene varias lecciones que ofrecernos." Tres semanas antes, el mismo presidente había hecho una alusión a Francia aún más clara. Sugería que se emprendiese el estudio de las causas por las

que Francia había tenido en el transcurso de los últimos años una expansión tan brillante.

El cuadro siguiente<sup>2</sup> recordará algunos datos:

PRODUCCIÓN INDUSTRIAL SIN LA CONSTRUCCIÓN  
(1953 = 100)

	<i>Francia</i>	<i>República Federal</i>	<i>Reino Unido</i>	<i>EE. UU.</i>	<i>U.R.S.S.</i>
1938	72	77	75	35	30
1948	76	40	83	75	45
1951	98	85	98	89	80
1952	99	91	95	92	90
1953	100	100	100	100	100
1954	110	112	107	94	114
1955	120	128	112	106	128
1956	133	138	113	109	141
1957	144	147	115	110	156
1958	150	151	113	102	172
1959	156	162	120	116	193
1960	174	180	128	119	212

Sea cual sea la naturaleza del “renacimiento” que se desarrolla desde 1945, es evidente que los Estados Unidos han desempeñado un papel. Concretamente, ha habido una ayuda americana de carácter económico y militar. Además, los Estados Unidos siendo uno de los dos grandes del mundo “bilopolar” en que vivimos, su influencia política se ha ejercido por fuerza. Y más allá de la acción económica y política, se ha manifestado una influencia aún más difícil de captar, pero real, favorecida por los contactos más variados, y que se podría llamar “cultural”, dándole a esta palabra el más amplio sentido.

Es evidente que desde fines de 1945, la preocupación esencial de los americanos a propósito de Europa fue el evitar que ésta cayera en el comunismo. Al volver el general Marshall de China para ocupar la Secretaría de Estado en enero de 1947, llegó convencido de que los comunistas tomarían ineluctablemente el poder en China. Apoyado por toda la fuerza de sus consejeros, y particular por Dean Acheson,

George Kennan, Charles Bohlen y por su colega James Forrestal, convenció al presidente Truman de que el objetivo esencial de la política americana debía ser el mantener a la Europa occidental dentro del "mundo libre".

Para ello, la mejor solución consistía en distribuir en Europa una ayuda económica organizada tal, que el nivel de vida de los pueblos europeos, muy bajo a causa de la guerra, pudiera elevarse. Había la probabilidad de que esta elevación debilitase la atracción ejercida por los partidos revolucionarios. Simultáneamente, los Estados Unidos al perseguir en el interior una política de empleo total la concesión de préstamos o de donativos en forma de productos americanos aumentaría la producción.

En fin, se daba un impulso a la economía europea, el mercado europeo se ensancharía y las exportaciones americanas se acrecentarían.

Para lanzar esta política, el gobierno americano no empezaba a ciegas. Hasta el "plan Marshall" del 5 de junio de 1947, le había dado a Europa cantidades considerables. Sólo la Gran Bretaña obtuvo un préstamo directo del Estado americano. Los otros países europeos recibieron una ayuda dispersa compuesta de tres elementos: venta de los excedentes americanos a un precio muy inferior al costo; liquidación del "préstamo y arrendamiento" (los materiales cedidos por el préstamo y arrendamiento debían, en principio, ser pagados); finalmente y sobre todo, préstamos del Export-Import Bank. Vamos a mencionar especialmente el caso de Francia.

### 1. *La ayuda americana antes del plan Marshall*

Francia, arruinada, gozó ampliamente de esta ayuda. Tomando como índice 100 la producción industrial de 1938, año sin embargo mediocre, ésta no era más que de 29 en enero de 1945, de 45 en junio, de 65 en octubre. La producción mensual de acero, que era de 514,000 toneladas en 1938, había caído a 7,300 en septiembre de 1944 y no llegaba más que a 177,000 toneladas en diciembre. Entre las destrucciones mencionemos sólo la de los inmuebles. De 9.731,000

existentes en 1939, 452,000 habían sido completamente destruidos y 1,436,000, dañados.<sup>3</sup>

La ayuda americana a Francia, desde el fin de las operaciones de préstamo y arrendamiento (2 de septiembre de 1945) hasta el discurso del general Marshall, puede ser valuada sumariamente de la manera siguiente:

Primer crédito del Export-Import Bank (convención del 14 de diciembre de 1945) \$ 550 millones al 2 $\frac{3}{8}$  % a treinta años.

Segundo crédito del Export-Import Bank (acuerdo llamado Blum-Byrnes del 28 de mayo de 1946): \$ 650 millones.

Liquidación definitiva de las deudas de guerra. Éstas sumaban tres mil cuatrocientos setenta y cuatro millones de dólares. Los Estados Unidos aceptaron considerar que hasta una cantidad de \$2,774 millones estaban dentro de los términos del préstamo y arrendamiento y habían sido compensados por las prestaciones francesas (las cuales, de hecho, eran mucho menores). Quedaban \$ 700 millones de los cuales 280 habían sido pagados ya. El saldo era, pues, de \$ 420 millones. Pero un nuevo crédito de \$ 300 millones había sido abierto para la compra de los excedentes americanos al 20 % de lo que costaban nuevos. La deuda que quedaba era pues de \$ 720 millones, pagaderos en 35 años, con un 2 % de interés.

De tal manera, la ayuda americana a Francia, entre 1945 y 1946, puede valuarse, de manera burda, en unos 1,920 millones, sin contar una renuncia muy apreciable a los créditos del préstamo y arrendamiento. Era, es cierto, muy inferior a la ayuda recibida por la Gran Bretaña, la cual, por el acuerdo financiero del 5 de diciembre de 1945, beneficiaba globalmente de un préstamo de \$ 4,400 millones.

¿Tienen estos acuerdos condiciones políticas? No, contesta León Blum en una conferencia de prensa el 31 de mayo. "La negociación efectuada en Washington no llevaba ni implícita ni explícitamente, ni directa ni indirectamente, ninguna condición de ningún tipo, civil, militar, política o diplomática".<sup>4</sup> Por el contrario, Francia se comprometía a reducir sus derechos aduanales y las cuotas de importación.

Estos créditos americanos estaban destinados a cubrir una parte de las importaciones considerables que Francia debía hacer para reconstruir su economía. El déficit de divisas previsto por el "plan Monnet" hasta 1950, se había evaluado en unos \$3,300 millones. Mas una industria arruinada no podía proporcionar exportaciones para cubrir ese déficit. Era, pues, necesario obtener créditos exteriores a cualquier precio.

## 2. *La ayuda Marshall*

El plan Marshall, propuesto el 5 de junio de 1947, por el secretario de Estado en su célebre discurso de Harvard, tenía como finalidad proponer una ayuda global y organizada a los países europeos para su reconstrucción, a condición de que se pusieran de acuerdo para elaborar en común una política económica. Debían llevar a cabo "una economía normal y sana, sin la cual no puede haber estabilidad política y paz duradera". Marshall añadió: "Nuestra política no está dirigida contra ningún país, ni contra una doctrina, sino contra el hambre, la miseria, la desesperación y el caos."

No es este el lugar de describir cómo el plan Marshall fue elaborado, ni cómo la URSS y los países del Este se negaron a participar. Lo importante es evaluar los beneficios que obtuvo Francia.

Durante el verano de 1947, los créditos americanos para Francia habían sido casi agotados. Francia no disponía, hasta fin de año, más que de \$240 millones. Había que reducir de manera considerable las importaciones. La situación económica era grave. Disminuir las importaciones significaba detener la recuperación económica y, simultáneamente, mantener e incluso aumentar las restricciones alimenticias y las otras. La escasez de la oferta en relación a la demanda desarrollaba la inflación y creaba las condiciones de una tensión social extrema de la que el partido comunista, excluido del poder, esperaba aprovecharse con la ayuda de la C.G.T.

El ministro francés de relaciones exteriores, Georges Bidault, trató, mientras esperaba el voto de una ley americana que instituía el "European Recovery Program", de obtener

una ayuda de urgencia, fundada en la restitución inmediata de una parte del oro sustraído por los alemanes (\$ 104 millones). La precaria situación de Francia, como la de Italia, convencieron a Truman y a Marshall que debían prever una "ayuda interina". "Los pueblos hambrientos se vuelven hacia los Estados Unidos. No debemos causarles una decepción", dijo Truman el 5 de octubre.<sup>5</sup> El Congreso, con tal fin, fue convocado para el 17 de noviembre. La "ayuda interina" para el período que iba del 1º de enero al 31 de marzo de 1948 fue finalmente aceptada el 17 de diciembre. Francia recibirá \$ 284 millones (en vez de los 357 solicitados; se añadirán 28 millones en marzo); la catástrofe se evitará por un pelo.

Desde este momento, las perspectivas de mejora a largo plazo van a desarrollarse. El 3 de abril de 1948 el presidente Truman firma el "Foreign Assistance Act of 1948", que autoriza créditos de más de seis mil millones de dólares para ayudar a Europa; la "Economic Cooperation Administration" (E.C.A.) es creada y Paul G. Hoffman es nombrado administrador. Está representado en dieciséis Estados europeos beneficiarios por un embajador permanente, Averell Harriman, y en Francia por en jefe de misión especial, David Bruce.

La historia de la ayuda Marshall se complica porque la práctica americana pide dos votos sucesivos: el de la ley que autoriza un gasto en principio y el de la "apropiación" de dicho gasto. Al votar la apropiación, el Congreso no está en modo alguno obligado a respetar las cifras fijadas por la ley.

Contentémonos, pues, con comentar el acuerdo bilateral franco americano previsto por la sección 115 de la ley del 3 de abril. Este acuerdo fue firmado el 29 de junio de 1948 y ratificado el 6 de julio por la Asamblea Nacional francesa. Su finalidad era el regular la aplicación del plan Marshall a Francia. La ayuda Marshall consistía en donativos en forma de mercancías y en aproximadamente un 17 % en préstamos del Export-Import Bank. La donación se le hacía al Estado francés; éste cedía las mercancías a los interesados que las pagaban en francos a una cuenta especial del Banco

de Francia, abierta al Crédito Nacional. Era el "contra valor en francos". De esta cuenta los Estados Unidos podían disponer hasta de un 5 % para los gastos ocasionados por la gestión administrativa de la ayuda. El gobierno francés podría disponer de algunas de las cantidades restantes, con el acuerdo de los Estados Unidos, para financiar el programa de reequipamiento francés y para reabsorber la deuda pública (art. 1 § 6). Finalmente, el saldo de fecha 30 de junio de 1952 sería "utilizado en Francia para los fines convenidos ulteriormente por el gobierno de la República francesa y el gobierno de los Estados Unidos" (art. 1 § 7).

Al principio de la negociación, los americanos pedían responsabilidades extensas de control sobre la economía francesa, y principalmente la iniciativa para la devaluación del franco. Los negociadores franceses resistieron metro a metro para evitar lo que habría sido una concesión a costa de la soberanía nacional; los americanos admitieron finalmente una fórmula más vaga. Francia no tuvo de todos modos que hacer concesiones importantes: comprometerse a utilizar la ayuda para el desarrollo racional de su producción y suprimir las trabas al comercio internacional (art. 2); posibilidad de que los Estados Unidos tuviesen una parte justa de productos originarios de Francia y de la Unión francesa (principalmente productos estratégicos); protección concedida a los ciudadanos y a las sociedades americanas, los casos de litigio pudiendo caer en última instancia bajo la jurisdicción de la Corte de justicia internacional de La Haya; obligación para Francia de transmitir al gobierno americano informaciones detalladas acerca de la situación y los planes económicos.

Los comunistas franceses vieron en todo esto un principio de "colonización económica" de Francia. Pero, el 5 de julio, la Asamblea Nacional votó la ratificación por 336 votos.

El balance de la ayuda del plan Marshall, que termina como tal el 30 de junio de 1952, puede establecerse como sigue.<sup>6</sup> (Primer cuadro de la página 191.)

Para el 31 de diciembre de 1952, los Estados Unidos ha-

## EN MILLONES DE DÓLARES

	<i>Ayuda total E. C. A.</i>	<i>Dona- tivos</i>	<i>Présta- tamos</i>	<i>Ayuda con- dicional</i>
3 abril-30 junio 1948	335	260	75	0
1948-1949	978.4	871.7	97	9.7
1949-1950	698.3	696.2	10.4	51.7
1950-1951	389.4	389.4	0	0
1951-1952	250.5	207.3	43.2	0
<i>Total</i>	<i>2 651.6</i>	<i>2 364.6</i>	<i>225.6</i>	<i>61.4</i>

bían concedido \$ 13,812 millones, de los cuales 2,753 a Francia, 3,421 al Reino Unido, 1,511 a Italia y 1,989 a Alemania.

A esta ayuda directa se añadió una ayuda indirecta, la que permitía, dentro del marco de la O.E.C.E., elaborar un "sistema de pagos intraeuropeos" de tal manera que se restringieran las compras en la zona del dólar. Este sistema permitió la creación, por medio del acuerdo del 19 de septiembre de 1950, de la Unión europea de pagos, alentada por los Estados Unidos, quienes pusieron a su disposición un fondo para movimientos de \$ 350 millones.

El plan Marshall, además de ser un remedio para la penuria de dólares y favorecer el aumento de los intercambios intraeuropeos, tuvo papel importante en el financiamiento del Plan de Modernización y Equipamiento, o "plan Monnet".

El "contra valor en francos" de la ayuda Marshall fue el que, por una serie de acuerdos con el gobierno americano, se utilizó masivamente para financiar el plan.

## EN BILLONES DE FRANCO

	<i>Monto de inversio- nes en la zona franco</i>	<i>Fondos públicos metropolitanos</i>		<i>Contra valor destinado a las inversiones</i>	
	<i>Monto</i>	<i>%</i>	<i>En % de invers.</i>	<i>En % de Publcs.</i>	
1948	905	528	58.3	13.5	23.3
1949	1 288	786	61	21.5	35.6
1950	1 435	831	57.8	12.5	21.7
1951	1 946	800	41.2	5.8	14.1
1952	2 140	885	41.3	1.1	2.7

La parte del contra valor en las inversiones francesas puede establecerse de la manera siguiente:

No puede dudarse del gran estímulo que tal acción fue, en un principio, para la recuperación de la expansión industrial francesa.

Sabemos que a partir de 1950 la ayuda militar fue substituyendo de manera progresiva a la ayuda económica. Pero si la mayor parte de la ayuda militar no tenía efectos económicos directos (entregas de material, por ejemplo), la ayuda "off shore" (compras del ejército americano para su propio uso, encargos de material a las industrias europeas, todo ello pagadero en dólares) contribuyó eficazmente a atenuar el "dollar gap".

El total de la ayuda americana a Europa arroja el siguiente balance a fines de 1960:

	<i>Total</i>	<i>Ayuda económica</i>	<i>Ayuda militar</i>
Ayuda a Europa .....	43.13	28.30	14.83
Total de la ayuda americana al extranjero .....	84.09	56.98	27.11

Nos parece interesante demostrar cómo han evolucionado los comentarios a propósito del alcance de tamaña ayuda, principalmente en lo que se refiere a Francia.

La interpretación dada por los economistas y por los politólogos sobre el papel de la ayuda americana a Francia ha evolucionado notablemente de 1947 a 1962, excepto en la literatura comunista. La negativa de la URSS para participar en la OEEC, fue el origen, entre los comunistas franceses, de una campaña apasionada en contra del plan Marshall. No hay razón para sorprenderse. El plan Marshall era un arma en contra del desarrollo del comunismo, y sus autores no lo escondían. Además, debía obtenerse un reforzamiento de la solidaridad occidental y especialmente de la franco americana.

Las críticas comunistas pueden resumirse así:

El capitalismo americano trata de ejercer un dominio uni-

versal "porque la razón de ser de los capitalistas... no es 'construir' un sistema económico, sino realizar el máximo de beneficios al apropiarse de una parte cada vez mayor de la plusvalía mundial. Los 'businessmen' americanos no podían hacerlo más que en detrimento de sus competidores europeos." <sup>8</sup> Es el "plan de avasallamiento de Europa", <sup>9</sup> la "colonización de todos los países europeos."

Es el "sostenimiento del capitalismo" en contra de "las fuerzas democráticas". <sup>10</sup> "Los países prestatarios se pillan en el engranaje: a medida que van importando mercancías americanas, van perdiendo sus recursos financieros; y a medida que éstos se agotan, necesitan recurrir más y más a los créditos americanos. Caen así en una dependencia cada vez mayor respecto al gobierno americano". <sup>11</sup>

Finalmente, la prueba de la voluntad de avasallamiento nos es dada por el autor comunista Henri Claude: "los créditos no deben permitir, en efecto, a los Estados europeos ni restablecer su poder financiero ni reconstruir su potencial productivo sobre una base independiente... El imperialismo americano trata sólo de frenar, pero sin detenerlo, el agotamiento de las riquezas acumuladas por los otros países". <sup>12</sup> Al aceptar el sostén americano, "la burguesía francesa a colocado sus intereses de clase por encima de los intereses de la nación". <sup>13</sup>

Frente a esta interpretación comunista, la gran mayoría de los comentaristas ha sido favorable al plan Marshall. Pero la actitud ha variado mucho con el tiempo. Por lo tanto, nos proponemos dar algunos ejemplos tomados de tres momentos diferentes: el inicio (1947-1948), el final (1952-1953) y las visiones retrospectivas ulteriores.

"Hay en Francia, escribe León Blum, un sentimiento público y general de que el plan Marshall es algo ventajoso y feliz tanto para el pueblo francés, como para los demás pueblos europeos. Ese sentimiento es compartido por la masa de los trabajadores franceses." <sup>14</sup>

Los dos problemas que se plantean para los comentaristas de los principios del plan Marshall podrían ser formulados así: ¿implica la intervención americana condiciones po-

líticas inaceptables? ¿Está Europa condenada a vivir de modo duradero bajo la tutela de los Estados Unidos o logrará, una vez dado el impulso por la ayuda americana, emanciparse?

A la primera de estas dos preguntas, los comentaradores contestan de manera negativa. "Todo transcurre, escribe Raymond Aron,<sup>15</sup> como si, juristas eternos, los franceses siguiesen creyendo en la independencia de las palabras, cuando la ganamos o la perdemos por nuestros actos. Nuestra soberanía está hoy día intacta, pero si ya no pudiéramos contar sobre los donativos o los créditos, de la noche a la mañana careceríamos de carbón, de petróleo, de algodón, de lana"... "No es el imperialismo de los trust americanos el que nos amenaza, es nuestra política la que puede llevarnos a la servidumbre." "El gobierno francés, escribe a su vez León Blum, estaba perfectamente resuelto a no subordinar el otorgamiento de los créditos americanos a ningún tipo de condición de orden político, diplomático o militar."<sup>16</sup>

A la segunda pregunta, que se proyecta en el porvenir, la contestación es más matizada. Algunos autores, como François Perroux, ven en la enorme desigualdad de potencia económica y política, una necesidad ineluctable.<sup>17</sup> Pero la solución estribaría en un declinar del valor de las fronteras, primero en Europa, por la formación de una "Unión" abierta y no de un "bloque" cerrado, enseguida frente al mundo. El plan Marshall prepara esta reforma. Es "el financiamiento de una reforma de estructura a escala mundial".<sup>18</sup> Pero la economía americana, "economía internacionalmente dominante",<sup>19</sup> debe construir progresivamente un régimen nuevo. Bertrand de Jouvenel consagra un capítulo de su libro *L'Amérique en Europe: le Plan Marshall et la coopération intercontinentale*<sup>20</sup> a lo que llama la "respiración artificial de Europa". Ve en el alto nivel de las importaciones no un "acrecentamiento excepcional", sino un monto normal y duradero. Dicho de otra manera, insite sobre los "graves obstáculos" que "se oponen a la recuperación de la balanza europea".<sup>21</sup> Es pesimista porque ve en las "ideologías acreditadas" un freno al "impulso productivo" lo único que podría salvar a Europa.

Raymond Aron, en varios artículos, uno de los cuales se titula “¿Estamos destinados a la mendicidad?”<sup>22</sup> y en el resto de una serie, ve la solución a largo plazo en una unión política de Europa, siendo ésta la única que puede fundar el “gran espacio económico” que, al poner fin a la “multiplicidad de las economías nacionales”, restaurará el vigor necesario.

En total, los comentadores, en 1948, son pesimistas. Creen que el “dollar gap” es un fenómeno de estructura, casi irreversible. O bien, cuando les alumbra una pequeña esperanza, ésta es a muy largo plazo y pagando condiciones implacables: cambio de mentalidad, renacimiento del dinamismo, desarrollo de instituciones integradas.

En 1952-1953 el tono ha cambiado. Los resultados del plan Marshall ya son deslumbradores. En todo la producción supera a la de 1938 en un 25 %: “Veamos ahora, escribe René Marjolin,<sup>23</sup> los resultados del plan Marshall. Y quiero decir aquí que es una de las pocas cosas en la historia sobre las que no cabe la controversia.”<sup>24</sup> Habla de la reducción del déficit de dólares, y añade: “Lo importante es lo que Europa hizo con la ayuda dada y lo rápidamente que fue reducida esta ayuda sin detener el progreso económico en Europa.” Tenemos ahí, dice, una “recuperación espectacular”.<sup>25</sup> En el terreno político, “la estructura social esencialmente democrática de la Europa occidental ha sido reforzada”. Finalmente comprueba “el establecimiento de un *partnership* real entre los Estados Unidos y Europa”.<sup>26</sup>

Sin embargo, el optimismo europeo de Marjolin es comedido. Tratando al final de su obra —escrita en 1952— de prever lo que ocurrirá en 1955, prevé para los Estados Unidos “un poderío industrial grandemente aumentado, el refuerzo considerable de una economía extraordinariamente poderosa”... “Alguna expansión habrá de producirse también en Europa, pero sobre la base de las actuales corrientes, será mucho más limitada que en los Estados Unidos.”<sup>27</sup> Se hallarán conclusiones matizadas de igual manera en las obras de Howard S. Ellis,<sup>28</sup> de William Adams Brown Jr. y Redvers Opie *American Foreign Assistance*,<sup>29</sup> y la de Harry Bayard Price, *The Marshall Plan and its Meaning*.<sup>30</sup>

La más reciente generación de escritores comprueba que la predicción de Marjolin: fuerte expansión americana y expansión más moderada de Europa, debe ser invertida. Se ha asistido a una fuerte expansión europea y a una progresión moderada, entrecortada de recesos, de los Estados Unidos. La literatura actual está dominada por ese fenómeno y, para tomar el ejemplo de Francia, viene a minimizar la influencia de la ayuda americana para no hablar sino del dinamismo característico de los franceses. Es una marca de ingratitud que corresponde a las sociedades humanas.

## II. *Los problemas actuales*

La ayuda americana pertenece al pasado. La recuperación que inició manifestó un dinamismo europeo en el que nadie creía al terminar la segunda guerra mundial. Es normal que, frente a esta recuperación, americanos y europeos se pregunten sobre la adaptación necesaria. Podemos evocar aquí tres puntos de esta adaptación: seguridad, relaciones políticas y relaciones económicas.

### 1. *La seguridad*

Los europeos occidentales, dentro de la perspectiva de un conflicto —cada vez más evanescente— Este-Oeste, viven amparados por el “deterrent”, por la fuerza de disuasión americana. ¿Es duradera tal situación? ¿Es una situación sana? Aquí es donde divergen las opiniones.

Del lado americano, la doctrina actual es conocida bajo el nombre de secretario de la defensa MacNamara. Recordemos que esta doctrina, que sucede a la del almirante Radford (“Massive retaliation”, es decir, empleo sistemático de la fuerza nuclear y termonuclear), está fundada en el “empleo graduado” de las fuerzas convencionales, atómicas tácticas e incluso atómicas estratégicas, de manera que limite si es posible el empleo de las bombas, al proporcionar la respuesta al ataque. Así, a una agresión convencional soviética, se tendrán otras respuestas posibles que no sean la guerra total, la cual,

en virtud del “equilibrio del terror”, equivale a un suicidio de los Estados Unidos. Se acrecienta de tal modo la plausibilidad de la respuesta. Si el fenómeno de “escalamiento” se produce, el Sr. MacNamara y sus adjuntos anuncian que llevarán adelante la estrategia “contra fuerzas” y no “contra ciudades”. Esperan desviar así los proyectiles soviéticos de las ciudades americanas. Se negociaría después de cada intercambio de salvos.

Esta doctrina tiene varias consecuencias. Por un lado, la O.T.A.N. debe aumentar en gran medida sus medios convencionales para equilibrarse con la URSS y sus aliados en este terreno; por otro, la dirección, en lo que se refiere al empleo graduado de las fuerzas, debe estar centralizada y, consecuentemente, pertenecer únicamente a los Estados Unidos, cuyo potencial nuclear constituye el 97 % del de la O.T.A.N. “Un solo gatillo, un solo dedo sobre el gatillo.” El ideal americano es, pues, distribuir los papeles: Europa consagraría sus esfuerzos a los armamentos convencionales, los americanos serían los únicos poseedores de un armamento nuclear. Como este sueño es irrealizable en términos absolutos, habría por lo menos que “integrar” las pequeñas fuerzas atómicas británicas y francesas en una “fuerza multinacional”.

Se puede —siguiendo al general Beaufre— resumir así las objeciones americanas en lo que se refiere a las fuerzas atómicas nacionales. Son:

a) *inacceptables*, porque son unos gatillos suplementarios que pueden desempeñar el papel de detonadores de las grandes fuerzas americanas (lo que supone que los americanos, más razonables que sus aliados, son los únicos que tienen capacidad para juzgar tanto de sus intereses como de los de sus aliados).

b) *políticamente falsas*, porque son una presión sobre la estrategia americana, porque crean en la alianza, entre los aliados que no son los Estados Unidos, una discriminación y que por ello otros países —Alemania occidental en especial— querrán sus propias fuerzas atómicas. Finalmente, tales fuerzas corren el riesgo de favorecer el neutralismo y tener un cierto aire antianglosajón.

c) *militarmente inútiles*, porque la fuerza americana basta para obrar en todos los casos, para todos los objetivos, en “segundo ataque”, mientras que los medios nucleares franceses e ingleses serán insuficientes para este “segundo ataque”. Además, las fuerzas atómicas siendo muy costosas, procurárselas implica que se sacrificarán los medios convencionales, juzgados por los americanos mucho más útiles.

Apoyada por el 97 % —que Dean Acheson esgrimió sucesivamente en contra de Inglaterra y Francia— la posición americana ha sido justificada recientemente por Walt Rostow, quien dirige la “Oficina de planificación política” del Departamento de Estado.<sup>31</sup> Rostow muestra en primer lugar cual es la solución ideal para su país: “Se podría concebir una solución en la que las naciones europeas, habiendo medido el costo total de las fuerzas nacionales de disuasión nuclear y las grandes ventajas del mando único, unificado e indiscutible, al ejercerse sobre estas armas, renunciarían deliberadamente a la producción de las armas y de los vectores y dejarían el trabajo a los Estados Unidos, a la par que se unirían a nosotros incluso en las consultas muy adelantadas para el empleo y la utilización de estas armas.” Así, lo que los americanos ofrecen a los europeos es “una participación mayor en el fijar los objetivos, establecer los planes y determinar la estrategia de las armas nucleares.” Pero, con este sistema, la *decisión* última queda enteramente en manos de los americanos.

Proponiendo tanto en Nassau como después la creación de una fuerza “multinacional” (integración de las fuerzas atómicas existentes) y una fuerza “multilateral” (dotar a barcos de superficie aliados con cohetes de cabeza atómica, ésta bajo control americano), los Estados Unidos buscan el mantener la “unidad” de la alianza atlántica, porque, dice Rostow, si todas las naciones deben tener su fuerza atómica y no confiar más que en ellas mismas, “en primer lugar, la Alianza se fragmentaría en una serie de fuerzas nucleares nacionales, cuyos elementos europeos serían producidos de una manera ineficaz, cuyos objetivos no serían sistemáticamente determi-

nados y que estarían desprovistos de cualquier poder de persuasión en Moscú. En segundo lugar, así proclamaríamos, en el seno de la Alianza, que ninguna protección eficaz podría ser ofrecida a aquellos aliados que no disponen de una fuerza nuclear nacional... El aceptar esta doctrina no significaría más que el fin de la Alianza del Atlántico del Norte... abriendo el camino a la fragmentación y a la derrota diplomática o militar de la Europa occidental, nación tras nación”.

Por fuerte que sea, la posición americana presenta para muchos europeos serios inconvenientes. Es “neoisolationista” en el sentido que le da Hans Morgenthau, es decir, que una vez más los Estados Unidos no pretenden intervenir en los problemas mundiales más que “in their own terms”, de acuerdo con su manera de ver, y relegar a los europeos al papel de “las infanterías”, frente a los jinetes americanos, únicos poseedores del arma “noble”. Es, como lo destacan los críticos alemanes, más conforme a los intereses americanos —arreglárselas de tal manera que una guerra, incluso nuclear, quede limitada y ahorre el máximo de vidas americanas —que a los intereses europeos cuyo territorio sería, en cualquier caso, devastado, incluso si el “escalamiento” no se produce y la guerra permanece puramente convencional.

Algunos, como el general Pierre Gallois, van incluso más lejos y estiman que en una época en la que el territorio de los Estados Unidos es ya vulnerable a un ataque atómico soviético, la disuasión no puede ser efectiva más que si es nacional. Sea cual sea la solidez de una coalición, el líder no se arriesgará a la destrucción total para salvar a un socio. Según Gallois, es “el fin de las alianzas”. Los americanos ya no pueden protegernos, y lo saben. A esta afirmación, los americanos replican indignados que quieren protegernos y nos protegen. La mayoría de los autores, entre ellos Raymond Aron, creen que el general Gallois minimiza la voluntad de los Estados Unidos de defender a Europa. Por lo demás, si afirman que la defenderán, pueden crear, en el espíritu de sus adversarios, una duda lo bastante importante para que la disuasión exista.

El general de Gaulle no lleva las cosas tan lejos como el

general Gallois. Cree en una defensa de Europa hecha por los Estados Unidos: "Es cierto que nuestros aliados americanos disponen... de una potencia colosal, susceptible de introducir el caos en todo o en parte del imperio soviético, que están resueltos, lo sabemos, a combatir, eventualmente, para impedir que Europa caiga, muerta o viva, en el otro campo" (13 de abril de 1963). Pero —y este es el meollo del problema— ¿cuál será el porvenir? "Nadie, en ningún lugar, puede saber de antemano si, en caso de conflicto, las bombas atómicas serían o no inicialmente empeladas por los dos campeones principales, si, en el caso afirmativo, las emplearían sólo en Europa central y occidental, sin herirse directamente uno al otro, o si, por el contrario, se verían obligados a lanzarse la muerte recíprocamente enseguida sobre sus centros vitales. De todos modos, y teniendo en cuenta esta incertidumbre inmensa e inevitable es necesario que Francia tenga por sí misma con qué alcanzar directamente a cualquier Estado que la agrediese y que, por lo tanto, le disuada de hacerlo y con que, de acuerdo con las circunstancias, acudir en defensa de sus aliados, incluso ¿se daría el caso? de América."

Dejemos de lado el aspecto "nacional" del problema y el debate sobre la eficacia eventual de un "deterrent pequeño". Sigue en pie, de todos modos, un grave dilema que, dentro de varios años, puede ser dramático. Por un lado, los americanos tratan, y están en su derecho, de mantener la *unidad* de la Alianza. Pero no pueden hacerlo más que manteniendo al mismo tiempo el monopolio de la decisión y, por lo tanto, el liderato. Por el otro, los europeos no pueden indefinidamente entregarse a un aliado para asegurar su propia seguridad, y la idea de liderato les parece inadmisibles a largo plazo. La actitud del primer ministro MacMillan, cuando habla en la Cámara de los Comunes del deber del Reino Unido de mantener una fuerza atómica *independiente*, es curiosamente paralela —si quitamos el tono— a la del general de Gaulle.

Por esto, muchos expertos y políticos americanos terminan por acercarse a las tesis francesas. "Que su política nos parezca o no conforme a nuestro gusto o a nuestro interés,

escribe Hans Morgenthau, debemos a de Gaulle el haber planteado los grandes problemas del día con una claridad sencilla y exacta." Esta es también la actitud de Henry Kissinger. En cuanto al gobernador republicano Nelson Rockefeller, al criticar duramente a la política demócrata, llega a declarar: "Aunque la administración haya hablado mucho de asociación, trata a nuestros amigos de la Alianza atlántica como a aliados en posición de dependencia más que como a socios independientes." Habla de "la pretendida fuerza nuclear multilateral" y concluye que hay que ayudar activamente a los británicos y a los franceses para que tengan lo antes posible la posibilidad de crear fuerzas atómicas que puedan servir de núcleo a una fuerza atómica verdaderamente europea". Finalmente el general Norstad propuso la creación de un comité dentro de la O.T.A.N. que tome por mayoría la decisión de *utilizar* las bombas atómicas.<sup>33</sup>

Quizás la solución esté ahí. Una Europa unida —sobre todo con Inglaterra— dispondría de los medios financieros para transformar los pequeños "deterrents" en una gran fuerza de disuasión tan eficaz como la de los Estados Unidos. Pero no debemos minimizar las dificultades del problema porque:

por un lado es necesario que antes que cualquier organización de este tipo se establezca una unidad *política* de Europa, con un gobierno federal fuerte, creando la unidad de decisión. No se puede, por falta de tiempo, y por razones de eficacia, fiarse a un directorio de potencias confederadas para tomar la trágica decisión de apretar el botón.

Por otro lado, una fuerza europea no puede ser más que la expansión de las fuerzas nacionales europeas que existen en pequeña escala. Pero la misma existencia de esas fuerzas nacionales puede ser considerada como un freno en el camino de la unidad política; establecen en beneficio de Inglaterra, de Francia, una especie de discriminación, sin contar que entre Inglaterra y Francia surge un tipo de competencia cuyo carácter nacionalista está degradingamente a la vista.

## 2. *Las relaciones políticas. La Comunidad atlántica*

Los Estados Unidos tienen, instintivamente, el sentido de los grandes conjuntos, y la opinión es favorable a la unificación de Europa —como a la del Magreb, del mundo árabe o de África. Es más, existe espontáneamente una cierta tendencia a la excesiva simplificación. Se pregunta frecuentemente el europeo que está de paso por qué Europa no imita el ejemplo de las trece colonias que se federaron en 1787, sin comprender que las circunstancias son claramente más complejas.

Esta simpatía por la idea europea es constante desde 1945. El plan Marshall implicaba una cooperación previa de las potencias europeas y permitió la creación de la O.E.C.E. Los Estados Unidos acogieron con gran satisfacción el plan Schuman de mayo de 1950. Para el plan Plevén, hubo algunos meses de duda debido a la negativa francesa de admitir a la Alemania occidental en el Pacto del Atlántico. Pero después de la jira europea del general Eisenhower, a principio de 1951, éste se unió a la idea de un ejército europeo y convirtió al presidente Truman y a Dean Acheson. Posteriormente, los americanos, demócratas y republicanos, dieron su apoyo entusiasta al proyecto. John Foster Dulles creyó deber intervenir en diciembre de 1953 amenazando a Francia con un “reexamen desgarrador”, si no ratificaba el tratado de París, de la política estratégica americana. Cuando la Asamblea nacional rechazó la Comunidad Europea de Defensa, el 30 de agosto de 1954, su furor llegó al extremo y lo manifestó públicamente. El “relance europeo” de 1955 fue recibido con satisfacción. Hasta 1959, este favor no desapareció.

De todos modos, dos circunstancias llevaron a los americanos a reflexionar sobre la aprobación apresurada y a matizar su actitud. En primer lugar el rechazo —como resultado de los esfuerzos combinados de Francia, de Alemania y de la Comisión europea— del plan de Zona de librecambio de los británicos. Los americanos no habían captado bien la profunda diferencia que hay entre bajar las barreras aduaneras y una integración verdadera de las economías. Durante más

de un año, la propaganda británica, siempre influyente en Washington, insistió sobre el tema de "la división de Europa en dos campos", lo que desconcertó a la opinión americana. El segundo punto es el éxito del Mercado Común, lo que coincide con un periodo de brillante expansión de la economía europea, con la relativa recesión americana de 1960-1961 y con una inversión de la tendencia monetaria, arrastrando un drenaje de las reservas americanas de oro y divisas. ¿Se había convertido el Mercado Común en una amenaza?

Más adelante abordaremos el problema económico. El aspecto político del problema es por sí sólo de un interés cautivador. Por una decisión consciente, a principios de la presidencia de Kennedy, el gobierno americano se fijó una línea de conducta que consistía en animar al Mercado Común y presionar a Inglaterra para que se adhiriera —de ahí viene la decisión británica de julio de 1961. Es fácil de comprender por qué, en esas condiciones, la conferencia de prensa del general de Gaulle del 14 de enero de 1963 ha levantado una ola de violenta indignación al otro lado del Atlántico, no sólo a causa del rechazo de los acuerdos de Nassau, sino también por el rechazo de la candidatura británica.

Entre julio de 1961 y el 14 de enero de 1963 parece haberse elaborado lo que a veces se ha llamado la "gran intención" del presidente Kennedy, a saber, la idea de una "Comunidad atlántica". Unos cuantos de sus colaboradores, McGeorge Bundy, Douglas Dillon, secretario del Tesoro, Robert Bowie, consejero de Dean Rusk, el subsecretario de Estado para los asuntos económicos George Ball, el secretario asistente de la Defensa Paul Nitze, tomaron parte en la elaboración del "partnership" atlántico en lo concerniente a los planes políticos y económicos. El pensamiento de Kennedy sobre la "Comunidad atlántica" no es perfectamente claro. En su mensaje sobre el Estado de la Unión del 12 de enero de 1962, habla de la "Comunidad atlántica" como de una realidad existente y declara "que ya no se preocupa exclusivamente de fines militares", sino que americanos y europeos son cada vez más "socios para la ayuda,<sup>34</sup> el comercio, la defensa, la diplomacia y los asuntos militares". Hay, pues, una

aparición de “nuevos lazos al través del Atlántico”. Y concluye: “De tal manera, nosotros, en el mundo libre, avanzamos a grandes pasos hacia la unidad y la cooperación.”

Si se llama “Comunidad atlántica” a lo que existe —es decir, a una alianza precisa combinada con una cierta comunidad de civilización y un ideal común de libertad —la anterior declaración no significa gran cosa. El problema reside en saber si los Estados Unidos no piensan también en una especie de asociación política, en cuyo caso ¿están listos a renunciar a una parte de su soberanía nacional? No, sin la menor duda —aunque los espíritus elevados como el del embajador Thomas K. Finletter estén conscientes de que no puede haber asociación política sin igualdad de sacrificios. Por lo tanto, si no quieren renunciar a ninguna parcela de su soberanía, los Estados Unidos buscan quizás, por un vericuetto, el consolidar su liderato “ahogando” a la Comunidad económica europea en un conjunto más amplio y mucho menos coherente. Esta es la interpretación del general de Gaulle, quien el 14 de enero de 1963 rechaza “una comunidad atlántica colosal bajo la dependencia y la dirección americanas y que pronto absorbería a la Comunidad de Europa”. Muchos partidarios de la integración, por lo demás poco “gaullistas”, comparten este temor. El Sr. Jean Monnet, por su lado, se niega a hablar de “Comunidad atlántica” y quiere que entre los Estados Unidos de América y los Estados Unidos de Europa, en términos de igualdad, se establezca una sólida “asociación”.

De hecho, me inclinaría por interpretar la idea de “Comunidad atlántica” de una manera ligeramente diferente. La palabra “leadership” no tiene en los Estados Unidos sólo el sentido de hegemonía. Significa también “aptitud para ser el líder”. Un presidente —Roosevelt, Eisenhower, Kennedy— se ve invitado diariamente a ejercer su “leadership”. Colocándose en el otoño de 1962, se pueden analizar las palabras empleadas en enero por el presidente: “nuevos lazos”, “unidad y cooperación”. McGeorge Bundy, ayudante especial del presidente, escribió en septiembre de 1962 en la revista *Foreign Affairs* un artículo donde habla de los lazos Washington-

Londres, Washington-Bonn, los cuales, dice, funcionan muy bien, y de los lazos Washington-París, que están "perturbed". Concibe, pues, los lazos como bilaterales y no bajo la forma Washington-Europa. Es cierto que no hay aun Europa, pero las fórmulas de Bundy tienen algo inquietante. ¿No es más cómodo para el líder el mantenimiento de los lazos bilaterales?

Pero el problema tiene también otro aspecto. Después de su éxito en el caso de Cuba, es probable que el presidente Kennedy haya encontrado el momento favorable para "ejercer su liderato". Frente a las fallas que aparecían en el bloque soviético, sería excelente presentar un bloque unido. Es probable que Kennedy no haya advertido con claridad que hay una contradicción entre las palabras "unidad" y "cooperación". ¿Puede haber unidad si todos los asociados son independientes? Sí, mas sólo si uno decide en nombre de todos —y esto sólo los Estados Unidos podrían hacerlo. Se trata de la creencia un poco ingenua de que se acepte de buena gana seguir al líder cuando éste decide ejercer el "liderato". La cooperación significa por el contrario o que se ponen de acuerdo o que se aceptan ciertas divergencias. Una de las características del "mundo libre" es precisamente que los diferentes países no son satélites y que por lo tanto tienen el derecho de no parecerles buena la política de los Estados Unidos. Respondiendo indirectamente al general de Gaulle el 24 de enero de 1963, Kennedy declaró: "Lo que sirve para unirnos es bueno y todo lo que tiende a dividirnos es malo." Sigue en pie el problema de si, para estar unidos, es necesario seguir obligatoriamente el camino trazado por los americanos.

¿Debe pensarse que la conferencia de prensa del 14 de enero tuvo como consecuencia aclarar el punto de vista americano acerca de la Comunidad atlántica? En el mensaje sobre el estado de la Unión del mismo 14 de enero de 1963 se advierte con sorpresa que la expresión "Comunidad atlántica" no se utiliza. Se habla sólo de la "gran Alianza". "Europa libre entra en una nueva fase de su larga y brillante historia." "La era de las rivalidades racionales se desvanece,

y nueva era de interdependencia y de unidad se perfila." Pero las palabras interdependencia y unidad, interesante detalle, se aplican a Europa, y no a una asociación Europa-Estados Unidos. "En vez de tenerle rencor a la nueva Europa, la consideramos como un socio y no como un rival." Se habla aún de "asociados completos", de honradas divergencias entre asociados honorables", etcétera.

En las conferencias de prensa ulteriores, se habla de la "Alianza atlántica" (24 de enero). No tenemos la intención de asociarnos a la Comunidad (europea). Pensamos negociar con esa Comunidad" (*ibid.*) "No deseamos imponer nuestra influencia o ejercer un dominio. Lo que deseamos es ver a Europa y a los Estados Unidos llevar de común acuerdo la lucha en otras partes del mundo... Hoy, que se puede vislumbrar el triunfo, no deseamos ver disolver esta asociación (*ibid.*) "Creemos en una Europa en rápido crecimiento, en una Europa poderosa... lo que nos parecería un golpe muy serio, ... una incapacidad de Europa y de los Estados Unidos para coordinar sus políticas" (7 de febrero). "Hablamos de una fuerza nuclear francesa. De tal manera que el problema de crear una fuerza europea exigiría desarrollos políticos importantes en Europa. Puede ser que el momento llegue y si llega, nos alegraría el pensar en unirnos a los europeos y cooperar con ellos dentro de cualquier sistema que establezcan."

### 3. *Las relaciones económicas*

El presidente Kennedy planteó las líneas principales de su plan comercial el 4 de julio de 1962 en el Independence Hall de Filadelfia, plan que habría de ser el origen del "Trade Expansion Act".

Las dos formas esenciales de las relaciones comerciales entre los Estados Unidos y Europa, en el plano económico, son el comercio y las inversiones de capitales. Podemos analizar de manera breve los problemas actuales.

a) En el *plano comercial*, la gran preocupación americana es el buscar que el Mercado Común no se convierta en una

zona muy protegida. A principios de la década de 1930, las importaciones americanas anuales eran de \$ 1,700 millones. En 1961, sumaban \$ 14,600 millones. A esta enorme expansión de las importaciones corresponde una enorme expansión de las exportaciones. Los Estados Unidos consideran esencial mantener y desarrollar este nivel.

Por lo demás, de una política muy proteccionista (los derechos *ad valorem* alcanzaban con la tarifa Howley-Smoot de 1930 el 59 %), los Estados Unidos, firmes apoyos del GATT, han pasado a una política más liberal. Al promedio de 12 % de sus derechos se opone el 14 % del Mercado Común. De hecho, teniendo en cuenta la ponderación en función de las importaciones efectivas, la tarifa exterior común de la C.E.E. es de 5.7 % de promedio contra un 7.1 % del lado americano. Esto no es, desde luego, más que una visión general.

El 11 de octubre de 1962 fue promulgado el "Trade Expansion Act". Esta ley permite reducir los derechos americanos por reciprocidad:

—hasta un 50 % en general, excepto algunas raras excepciones (alfombras, vidrio, relojes, plomo, zinc, petróleo, etc.).

—hasta un 100 % en los artículos para los cuales los Estados Unidos y las C.E.E. tienen un 80 % y más de las exportaciones del "mundo libre" (cláusula que no tendría un efecto real más que si la Gran Bretaña hubiese sido admitida en el Mercado Común).

+ ciertos productos agrícolas y tropicales.

+ los artículos que llevan menos de un 5 % de derechos.

El presidente puede conceder una ayuda temporal a las industrias americanas que corren peligro con la reducción de la tarifa. Pero su política en conjunto es la de estimular la competencia y dar así impulso a la economía americana.

¿Qué actitud adoptan los europeos frente al "Trade Expansion Act"? En realidad, es bastante reservada. El representante del Mercado Común en las Conferencias que se inauguran en Ginebra en el momento en que escribimos sigue aproximadamente el punto de vista de Francia. La C.E.E. cree que los derechos americanos deberían ser homogeneizados antes de aceptarse la reducción recíproca del 50 %. En

efecto, la tarifa americana tiene grandes disparidades. Tiene una forma de "dientes de sierra". El 22 % de las tarifas americanas son más de 30 % en vez del 1 % para la tarifa exterior común de la C.E.E. Una disminución, pues, del 50 % de un derecho enorme no le quita a este derecho su carácter prohibitivo. En cambio, de los 5,000 artículos de la tarifa aduanera americana, 1,000 llevan derechos de nivel cero, proporción mucho más amplia que la existente en el Mercado Común. En el plano agrícola es donde el problema resulta más difícil, el 40 % de las exportaciones americanas hacia el Mercado Común está constituido por productos agrícolas. Es cierto que el principal país agrícola de la C.E.E., Francia, quisiera completar la elaboración de una política agrícola común, lo que sus cinco asociados no quieren. Es pues posible que la negociación de Ginebra no llegue a ningún resultado (los negociadores americanos, sometidos a una ley, no pueden transformar ni homogeneizar la tarifa) y es posible que cree nuevas tensiones entre los dos lados del Atlántico.

Añadamos para terminar que la C.E.E. desempeña un gran papel en el mercado americano, siendo los principales proveedores de los Estados Unidos:

1. *Alemania* occidental, 2. el *Canadá*, 3. el *Reino Unido*,
4. *Suiza*, 5. *Italia*, 6. los *Paises Bajos*, 7. *Suecia*, 8. *Francia*.

b) *El problema de la inversión de capitales*. Aunque ya haya capitales europeos invertidos en los Estados Unidos, el fenómeno esencial es la creciente inversión de capitales americanos en Europa: inversiones directas en forma de instalación de filiales de empresas americanas, inversiones indirectas en forma de compra —a veces mayoritaria— del activo de las sociedades europeas. Esta tendencia no ha dejado de inquietar a las opiniones públicas y a los gobiernos, principalmente en Francia, y este país a propuesto a sus socios de la C.E.E. la adopción de una política común sobre el punto.

Ésta no ha sido definida por ahora, ni *a fortiori* adoptada; contentémonos con citar algunas cifras.

Más de 3,000 empresas americanas poseen filiales en el extranjero. De un total de \$ 56,000 millones de inversiones

en el extranjero, las inversiones directas representan \$ 34,700 millones a principios de 1962.

CUADRO DE INVERSIONES DIRECTAS EN 1958 Y 1959<sup>1</sup>  
(en billones de dólares)

	Todos los países		Europa	
	1958	1959	1958	1959
Industrias de transformación .....	8.7	9.7	2.5	2.9
Petróleo .....	9.8	10.4	1.3	1.5
Minas y fundidoras .....	2.6	2.9	0.1	0.1
Otras industrias .....	6.2	6.7	0.7	0.8
<i>Total</i> .....	<i>27.3</i>	<i>29.7</i>	<i>4.6</i>	<i>5.3</i>

FUENTE: *Amérique actuelle*, diciembre de 1960 del U. S. Department of Commerce. El hecho sobresaliente de estos últimos años es el acrecentamiento de las inversiones americanas directas en Europa, y especialmente en el Mercado Común.

CUADRO DE LAS INVERSIONES DIRECTAS AMERICANAS  
EN EUROPA A FINES DE 1961<sup>2</sup>  
(en millones de dólares)

	Ind. de trans- forma- ción	Petró- leo	Comer- cio	Servi- cios de interés general	Varios	Total
Reino Unido .....	2,300	761	316	—	—	3,500
Suiza .....	123	42	163	—	—	408
Bélgica y Luxemburgo	169	50	32	1	5	256
Francia .....	460	244	92	10	34	840
Alemania .....	747	292	93	2	35	1,170
Italia .....	187	215	38	1	25	467
Países Bajos .....	95	144	44	15	10	308
<i>Total Mercado Co- mún</i> .....	<i>1,659</i>	<i>946</i>	<i>299</i>	<i>29</i>	<i>108</i>	<i>3,041</i>

FUENTE: *Survey of Current Business*, agosto de 1962.

Es cierto que un exceso de inversiones americanas en Europa no sólo drenaría una renta importante, sino que privaría

de autonomía a ciertas industrias europeas esenciales. Ocurriría lo mismo si, como consecuencia de una política aduanera recíproca demasiado favorable para los Estados Unidos, ciertas industrias europeas se viesen en dificultades.

No hay pues más que una solución para el problema, cuya importancia política es inmensa, y esta solución es hacer de la C.E.E. un bloque realmente unido —lo que implica una integración política—. Los Estados Unidos son un país inmenso y poderoso. No tratan, desde luego, de “dominar” a Europa. Pero, como todos los países, piensan en primer lugar en su interés nacional. Partidarios convencidos de una integración europea en el plano psicológico, no dejan de temer a una lucha competitiva con el Mercado Común. El “Trade Expansion Act” al igual que las inversiones crecientes en la C.E.E. deben ser considerados como maniobras de defensa frente a los acontecimientos que ocurren en Europa desde 1959. A estas maniobras se añade la posibilidad de maniobrar a favor de las divisiones entre los europeos. Si, en 1965, los Estados Unidos —cuyo producto nacional bruto será de \$ 600,000 millones— negocian con una Alemania (\$ 75,000 millones), una Francia (\$ 70,000 millones), una Italia . . . . . (\$ 50,000 millones), un Benelux (\$ 50,000 millones) divididos y competidores, su liderato no desaparecerá. Si por el contrario se hallan frente a un bloque representando \$ 245,000 millones de producto nacional bruto y, además, más importante que ellos en el plano del comercio mundial, no podrán negociar más que de igual a igual. Si el Reino Unido entrase en el juego francamente, el bloque representaría entonces \$ 320,000 millones. ¿Se trata de una utopía? ¿De una ilusión?

El “leadership” americano sólo existe porque aún no hay una Europa.

#### NOTAS

1 *New-York Times*, 15 de junio de 1962, p. 2.

2 *Annuaire Statistique de la France*, 1961, p. 7.

3 *Année Politique*, 1944-1945, 1946.

4 *Année Politique*, 1946, p. 135.

5 *Année Politique*, 1947, p. 204.

- 6 "L'aide économique des Etats Unis à la France" *La Documentation Française*, Recueils et monographies, N° 26, 1953, 47 pp.
- 7 *Amérique actuelle*, juillet-août 1961, de acuerdo con los informes de la "International Cooperation Administration".
- 8 Henri CLAUDE, *Le plan Marshall*, París, Editions Sociales, 1948, 299 pp. p. 20.
- 9 *Ibid.*, p. 71.
- 10 *Ibid.*, p. 44 y *passim*.
- 11 *Ibid.*, p. 53.
- 12 *Ibid.*, p. 71.
- 13 *Ibid.*, p. 86.
- 14 *Le Populaire*; 8 de noviembre de 1947. Cf. el panfleto *La presse française et le plan Marshall*, París, Mission spéciale en France de l'ECA, 1949, 48 pp.
- 15 *Le Figaro*, 27 de junio de 1948.
- 16 *Le Populaire*, 6 de noviembre de 1947.
- 17 Cf. su obra: *Le plan Marshall ou l'Europe nécessaire au monde*, París, 1948, 223 pp.
- 18 *Ibid.*, p. 84.
- 19 *Ibid.*, p. 196.
- 20 París, 1948, vii-346 p.
- 21 *Ibid.*, p. 93.
- 22 *Le Figaro*, 1 y 2 de agosto de 1948.
- 23 Robert MARJOLIN, *Europe and the United States in the World Economy*, Durham, Duke University Press, 1953, xiv-105 pp.
- 24 *Ibid.*, p. 8.
- 25 *Ibid.*, p. 12.
- 26 *Ibid.*, pp. 14-15.
- 27 *Ibid.*, p. 87.
- 28 *The Economics of Freedom. Tre Progress and Future of Aid to Europe*, New York, Council of Foreign Relations, 1950, xviii-549 pp.
- 29 Washington, Brookings Institution, 1953, xii-615 pp.
- 30 Ithaca, Cornell University Press, 1955, xvi-424 pp.
- 31 Discurso pronunciado en Oxford el 8 de mayo de 1963. Publicado por los servicios de prensa de la Embajada de los Estados Unidos en París.
- 32 *Commentary*, marzo de 1963, p. 190.
- 33 *Le Monde*, 27 de abril de 1963.
- 34 De donde nace la Organización de Cooperación y de Desarrollo Económico.